

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

15 Eva Perón (II)



LA DIFUNTA EVITA

“ General Viamonte (estación Los Toldos) es un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires, con casas chatas y calles arboladas que muy pronto se pierden en caminos

de tierra. Como muchas otras poblaciones de la República Argentina, Viamonte nació alrededor de una estación. Fue inaugurada en 1893 y en aquel entonces se la llamó Los Toldos por hallarse próxima la toldería del famoso cacique Ignacio Coliqueo”, escribe Marysa Navarro en la mejor biografía con que seguimos contando sobre Eva Perón. (Nota: Marysa Navarro, *Evita*, Planeta, Buenos Aires, 1994, p. 19). Evita, por decirlo de modo directo y acaso brutal, nace en medio de la nada. Nace en un pueblito ignorado, insignificante, lejos de cualquier centro urbano que pudiera tener alguna importancia en la república, en el país que habría de gobernar, junto a su marido, con mano de hierro. Nacer en Los Toldos es ya nacer bastarda. El que nace en Buenos Aires nace en una gran ciudad. Una ciudad con historia. Con linaje, prosapia. Con esa palabra ampulosa que nombra a quienes, no bien vienen al mundo, tienen asegurado el Ser: *abolengo*. Esta es la primera marca de su bastardía. Haber nacido en un lugar también bastardo. Que nada tenía detrás, salvo algunas historias de malones, indiadas bárbaras, algunas cautivas. “¿De dónde sos, nena? ¿Dónde naciste?” “En Los Toldos.” “¿Dónde queda eso? Nena, ¿nacer en Los Toldos! Ahí se nace para servirta.” Sólo las sirvientas nacían en lugares así. Las que estaban condenadas, en el mejor de los casos, si tenían el coraje de hacerlo, a emigrar a Buenos Aires, ciudad que las recibía con gesto áspero, orgulloso, y las destinaba a oficios subalternos: sirvientas, prostitutas, trabajadoras en algún tallercito textil si sabían algo de corte y confección. De esta forma, en Los Toldos, “pueblito similar a tantos otros de la República, nació una madrugada de mayo de 1919, Eva Perón —así por lo menos lo aseguran los vecinos del lugar—, aunque la partida de nacimiento de María Eva Duarte, hija de Juan Duarte y de Juana Iburguren indique que nació en Junín, el 7 de mayo de 1922. Algunas fuentes señalan que tanto el mes como el año consignados en esta partida son erróneos, pues en realidad Evita habría nacido el 26 de abril de 1919”. Otra vuelta de tuerca sobre su bastardía. Otra señal de impureza en su frente, en su carne. Otra marca. Otro dato que no podrá ofrecer. Ni siquiera se sabe exactamente cuándo nació. Cualquiera sabe el día de su nacimiento. Cualquiera celebra su cumpleaños. El bastardo, ni siquiera eso. No vamos a entrar en el análisis detallista sobre el porqué de las distintas fechas. Puede que más adelante veamos algo a raíz de su casamiento con Perón. Aquí es otra cosa la que nos interesa. El tema de la bastardía. Y decimos por qué. La bastardía es el eje central para entender la vida de Eva Perón. La de Evita es la aventura deslumbrante de una pequeña chica de provincias que busca darse el Ser. Ser algo. Tener entidad ontológica. Derrotar su bastardía. Ella, que nació en un lugar que era nada, que tuvo un padre ausente, que no la reconoció, ella, la bastarda, buscará a lo largo de su vida lo que nunca poseyó: la densidad del Ser.

Para tratar esta cuestión no puedo sino basarme en la gran obra de Sartre sobre el tema: *San Genet, comediante y mártir*. No es algo que no haya hecho. Todo el guión que escribí para la película *Eva Perón*, de 1996, está centrado en el texto de Sartre. O acaso no todo, pero sí muchos de sus aspectos esenciales. Tengo que decir algo sobre ese guión. Creo que es uno de los mejores textos que escribí. (Que nadie se preocupe: decir que es uno de los mejores textos que escribí no significa que sea bueno. Puede que sólo sea menos malo que otros. ¿Está bien así?) Tuve la buena fortuna de contar con una actriz que se encarnó en él, que lo hizo suyo, que buscó a Eva a través de esas

palabras y la encontró como nadie en este país y dudo de que en otros. La dirección de un director como Juan Carlos Desanzo incidió mucho en el resultado final. Nunca un director de cine me respetó tanto un guión. Nunca una actriz tuvo la libertad de Goris para entregarle al personaje su dolor y su tragedia. Llegó a pesar los treinta y tres kilos que pesaba Evita. Destaco lo de Desanzo porque es un director minusvalorado por una crítica que lleva a las nubes a directores verdes como esos higos que, si te los comés, te dan una diarrea de una semana. Desanzo es un gran técnico. Tiene una gran escuela. Nadie le dijo que era un genio, un cineasta autor que tenía que filmar sus propios guiones. No bien juntó la plata para hacer el film, me llamó y me pidió el guión. Lo demás salió fácil. La película tiene defectos, pero todo veintiséis de julio, invariablemente, es la película que se pasa para recordar a Eva Perón. Tardará mucho en aparecer, si es que aparece, una que la supere. Que el guión esté lleno de premios no es un mérito que deba ser tomado en serio. El cine es un arte del show business y está organizado para el barullo. Hay muchos, demasiados, festivales y en todos se dan premios y se consagra a directores y a actores para una eternidad, que, en el caso de los realmente talentosos, dura poco. ¿Saben por qué? Porque se la creen. Tanto les dicen que son “autores” y, peor, que son autores “geniales”, que, inexpertos, jóvenes, consagrados demasiado rápido, se la creen. Bien, este guión, en el que me voy a basar tanto como en el texto de Sartre, tuvo demasiados premios. Algunos importantes. Uno, por ejemplo, en un Festival de Boston, con un jurado exigente y que no está en mis manos. Se lo quedó el productor, pero tal vez le sirva a él más que a mí. Y otros patéticos. Tengo un premio de la Honorable Cámara de Diputados. Es de 1996 y se trata del “Premio Eva Perón a la verdad revelada”. La película se le entregó en consideración al director del Instituto de Cinematografía de ese entonces, el señor Julio Maharbiz. Los productores ansiaban que fuera enviada al Oscar. Según fuentes certeras, todo parece indicar que el señor Maharbiz la derivó al presidente de la República de ese entonces, Carlos Menem, con el siguiente lapidario juicio: “Es basura montonera”. Yo había puesto en boca de Eva muchos discursos sobre lo que, para ella, era el peor peligro del peronismo: “El surgimiento del espíritu oligarca en el corazón de los dirigentes peronistas”. Se trataba de las clases que ofrecía en la Escuela Superior Peronista, lugar en el que simultáneamente Perón dictaba sus visiones clausewitzianas sobre la conducción política. Algunos los había modificado para que apuntaran más certeramente al plexo de la perversión menemista: “Yo, compañeros, ya casi no le temo a la oligarquía que derrotamos el 17 de octubre. Lo que a mí me preocupa es que pueda retornar en nosotros el espíritu oligarca (...). Y para que eso no suceda he de luchar mientras tenga vida (...). Para que no sean los peronistas los que entierren al peronismo” (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 1999, pp. 54/55). Esto, pensaba, le va a caer pésimo al menemismo. Menem lo absorbía todo. Le llevaron la película, esa “basura montonera”. La vio y dijo: “A mí me gusta”. Y la enviaron al Oscar. No entró en la selección. No habían seleccionado la de Alan Parker con Madonna, menos iban a darnos importancia a nosotros. Pero no importa. Lo del Oscar es un albur que se corren los productores. Lo notable es cómo no había discurso ideológico-político que pudiera hacerle cosquillas al cinismo de Menem. Al menos, Maharbiz tenía fresco su odio y sabía qué detestar y qué no. No sé si el film era “basura montonera”, pero sin duda era la visión de la izquierda peronista, que, lo digo una vez más y lo voy a decir muchas veces todavía (pues ni entré en ese tema), no se agotaba en Montoneros. Era la Evita combativa, la

que se quemaba en el fuego de la militancia. A esa Evita la construimos todos en los setenta. Lo raro era traerla en los noventa. Beatriz Sarlo escribió en alguna parte: “Volvió la Evita montonera”. No sé. Si todos quieren regalarles la Evita de la pasión, del amor por los pobres, la Evita del traje sastre y el rodete a los Montoneros, desde aquí nos vamos a oponer. Evita no puede ser reducida a los Montoneros. *Y mucho menos esa imagen de Evita que es, precisamente, la verdadera*. Porque ella no fue lo que sugería había sido la burla de Halperin Donghi en Maryland, en 1984, cuando chismorreó que los jóvenes de la JP, siempre tontos, engañados, malentendiendo todo, visitaron a Delia Parodi y le hablaron de Eva y la vieja Parodi les dijo: “Vean, lo siento, pero la señora no era así”. *La Señora era así*. Y ya vamos a ver por qué necesitaba ser así.

EL LENGUAJE DE LA OLIGARQUÍA

Evita no es la del retrato de Manteola, el que ilustra la portada de la edición Peuser de *La razón de mi vida*. Tampoco es la Evita vociferante de Carpani, aunque respeto más la visión de Carpani. Ahora, en esta pictorialidad, interviene la Evita excepcional del artista Daniel Santoro. Tal vez sea ella. No sé. Cuando veo la Evita de nuestro film me cautivo y me emocionó. Creo que ella es ésa. Que Goris hizo un milagro de encarnación. Se metió en el cuerpo de un personaje, se adueñó de todas las palabras que yo había escrito y las dijo con una justeza, una pasión inigualables. Ahora ya está. Si tantos consideran, en todos los 26 de julio, que es nuestro film el que deben proyectar, quizá



no nos equivocamos. Más aún: probablemente dimos en el corazón del asunto, en el corazón de Eva.

Lo que vamos a tratar es la cuestión de la bastardía. Si la vida de Eva fue la búsqueda de un ser, de ser algo, de dejar de ser una nada impecable, una bastarda nacida en un pueblo inexistente, el punto más arriesgado de esta lucha estuvo en su ambición por la vicepresidencia de la República. Veremos el análisis que Sartre hace de la bastardía en su *San Genet* y veremos los más que atinados análisis que desarrolla Juan José Sebreli en el que (para su infortunio y su posible desagrado) es, para mí, el mejor de sus libros: *Eva Perón, ¿aventurera o militante?* El mejor, quiero decir, *lejos*. Durante el año 1996, en medio del auge de la película de Madonna-Parker, le ofrecieron reeditarlo. Deben haber sido varias las ofertas. Se negó. Era tan poderoso el antiperonismo que había crecido en él desde 1966 hasta entonces, que se negó, rechazó todo. Cualquiera hubiera reeditado un libro que es, en rigor, excelente. Con una simple aclaración: “Yo pensaba eso entonces. Ya no pienso así. Pero creo que ese libro enriquece el debate”. Pocos, hoy, lo conocen. Menos lo han leído. Hay que admitir que Sebreli fue fiel a sí mismo: “No quiero ni oír hablar de ese libro”. Pero, ¿tenía razón? ¿Por qué no aceptarlo como un libro que, si bien no reflejaba su presente, era parte de su historia? ¿Tanto quería negar esa historia? Sarlo se le parece cuando dice que nada de lo que escribió antes de 1984 (espero no equivocarme en esta fecha) o de 1980, no le pertenece. Somos también lo que hemos sido. No podemos dejar de serlo. Lo somos aun en el modo de no serlo. A uno le duelen muchas de las cosas que ha escrito. Pero el motivo de ese dolor no es sólo porque ahora haya cambiado de opinión. A veces ocurre que la historia nos ha castigado tanto que nuestros escritos del pasado se han tornado patéticos. En mi libro de 1974, *El peronismo y la primacía de la política*, luego de analizar el discurso del ministro de Hacienda de Aramburu, Eugenio Blanco, que terminaba diciéndoles a los jóvenes a los que se dirigía que habrían de asistir, ahora, con la caída del “régimen depuesto”, “al retorno de la Argentina de vuestros padres y abuelos, que vieron crecer a este país en una atmósfera de libertad, de decoro, de decencia y de austeridad republicana” (*Ibid.*, p. 158), yo había escrito un

texto que suele estremecerme por su candidez, por su esperanza inmediateista, excesivamente joven, no trabajada por el

desconsuelo ni por los fracasos, por nada, sólo nacida al calor de la esperanza, de las ilusiones tempranas. Era el que sigue: “No volvió, sin embargo, esa Argentina. Un 17 de noviembre de 1973, el líder de los trabajadores pisaba nuevamente el suelo de la Patria: volvía, traída por la lucha del Pueblo, la Argentina de Perón” (*Ibid.*, p. 158). Carajo, ni sospechaba yo cuál habría de ser la Argentina de Perón que volvía. Imaginaba un país más justo, con un pueblo feliz, un líder viejo y sabio y una juventud impetuosa. Regresaba, en cambio, algo nuevo. Algo que no regresaba. Que aparecía brutalmente por primera vez. La Argentina de los aparatos represivos del peronismo manejados por el cabo sanguinario, por Lopecito. Y un Perón duro, que le dio la espalda desde el primer día a la juventud maravillosa y dejó hacer a los mercenarios. Que los mantuvo quietos, en parte, mientras vivió, pero les permitió organizarse ante sus propios ojos complacientes. El pueblo, lejos de ser feliz, se retiró, asustado, espantado a sus casas, que no eran “fortines montoneros”, eran simples hogares de trabajadores que sólo sabían ganarse el pan de cada día para la mesa familiar en un clima de paz, como el peronismo les había enseñado. ¿Qué podía yo hacer con mi texto patético, burlado por una historia de sangre, de cadáveres, de zanjas clandestinas? Durante años lo escondí. Saqué otra versión retocada, en la que textos como ése no estaban. No quiero que sea así. Que se lea. Ahí está. Yo tenía treinta años. Todo me ruboriza. Escribir “Patria” y “Pueblo” con mayúsculas. Creer que a Perón lo traía la lucha del pueblo y no sospechar siquiera que si volvía era porque había pactado con los militares frenar a la guerrilla y manejar un gobierno basado en el empresariado nacional y los sindicatos. No estoy seguro de muchas cosas. O sí, pero luego de varios quebrantos. Pienso que hablar de “la lucha del Pueblo” es excesivo. El pueblo peronista no era un pueblo de lucha. La que peleó fue la militancia y las formaciones especiales que enfrentaron a un régimen ilegal, anticonstitucional, al régimen de la “Revolución Argentina” de Onganía y los cursillistas ultra-

católicos, que empujaba a la rebelión y a la violencia por negarse a autorizar algo tan simple como que Perón regresara y punto. ¿Cuántas vidas se habrían evitado! Aun en 1972 no era todavía tarde. Menos lo había sido en 1964, ahí estuvo el error que hace caer sobre el gorilismo militar y político (la cancillería radical del gobierno de Illia) la responsabilidad de haber frenado el retorno político al líder que los trabajadores reclamaban. ¿Tanto hubo luego que luchar para traerlo que nadie pudo frenar nada! Canallas, todo por no perder unas elecciones. Por seguir prohibiendo dictatorialmente al peronismo, que reclamaba simplemente su legalidad. Entonces, en 1972, escribí eso: que a Perón lo traía la lucha del Pueblo, con mayúscula. Eramos casi todos peronistas en esa encrucijada porque Perón tenía que volver alguna vez. Pero, ¿qué lo había impedido? Analicen todo el estiercol gorila y conservador y milico que tiene el final del discurso de Eugenio Blanco, pronunciado en noviembre de 1956 en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. “Vosotros, jóvenes (...) vais a asistir al retorno de la Argentina de vuestros padres y abuelos, que vieron crecer a este país en una atmósfera de libertad, de decoro, de decencia y de austeridad republicana.” ¿Cuánta basura junta! El estilo del discurso: “vosotros”, “vosotros vais”, “vuestros padres y abuelos”. ¿A quién le hablaba Blanco? No a los obreros, desde luego. Les hablaba a los univer-

sitarios del Cristo Vence y de los comandos civiles. A los niños universitarios de una universidad para ricos, para pocos. ¿Qué palabras usaba? ¿Qué palabras nos enseñaron a odiar estos gorilas represores, conservadores jurásicos que se adueñaron del poder luego de echar a Perón, con el cual uno también tiene sus buenas broncas porque no los enfrentó como era necesario? “Atmósfera de libertad.” “Decoro.” “Decencia.” Y la cifra perfecta del lenguaje reaccionario argentino: “austeridad republicana”. Esta es la *república* que yo conocí desde niño. La república austera de los golpistas, de la derecha, de los conservadores, del poder, de la oligarquía, de la Sociedad Rural y de los militares. Caramba, voy a reeditar ese libro ingenuo de 1974. Porque entre mis ingenuidades acerca de la “lucha del pueblo” y la postulación de Perón como el “líder de los trabajadores” que esa lucha permitía regresar a la patria y las palabrotas viejas, gorilas, golpistas, que todavía se oyen, porque estamos hartos de unos cuatro o cinco años a esta parte de volver a oír a hablar de la “austeridad republicana”, me quedo con mis ingenuidades. Y bueno, es cierto: no se me hizo. Ni a mí ni a la mayoría de todos los de mi generación. *Pero no hablabamos el lenguaje de Eugenio Blanco ni propugnabamos el regreso de la patria de nuestros padres y abuelos*. Porque esa patria no existía. Porque muchos de nosotros *no teníamos abuelos argentinos*. Ese lenguaje de Blanco es terriblemente oligárquico porque establece el linaje del poder. Y aquí es donde volvemos a la bastardía de Evita. Ella nunca podría decir “la patria de nuestros padres y abuelos” porque sus padres no eran sus padres o no la habían reconocido. Sus abuelos no existían. Y, *sobre todo, nunca la patria había sido de ellos*. Ahí está mi texto de 1974. Salió el libro en esa fecha, pero yo lo escribí en 1973. En pleno auge de nuestras patéticas esperanzas, de nuestra desgarrada historia, cuando, en rigor, no creíamos que volvía ninguna historia, sino que volvía el líder de los trabajadores para que, entre todos, hiciéramos una nueva. Se sabe cómo terminó todo. Otra vez volvió la patria de los padres y los abuelos de la oligarquía. Esta vez con más furia que nunca. Venían también a defender a la república. Cierta vez, en San Juan, una tarde de terrible calor, en pleno 1977, vi un enorme cartel, ya ni recuerdo qué hacía en San Juan, ni importa, vi, decía, un enorme cartel, un afiche pegoteado en toda una pared. Exhibía la Pirámide de Mayo. Era la República, sí. Y debajo de ella había unos sables que la sostenían. Y arriba, bien visible, con letras enormes, una leyenda: “La venimos salvando desde 1810”. Y abajo, al pie, también con letras enormes: “La volveremos a salvar ahora”. Ahora esa república parece defendida por una caterva de periodistas (periodistas, no teóricos ni ensayistas ni académicos) que se enfervorizan atacando a un gobierno al que llaman “montonero”, “terrorista”, “autoritario”. Debo confesar que esa “República”, cuya defensa y cuya excusa como arma para atacar a sus supuestos agresores viene desde Mitre y Sarmiento, tiene hoy defensores de poca clase, de poca credibilidad, de excesivo hambre de visibilidad mediática.

EVA Y JEAN GENET

Supongo que Sebreli se va a incomodar conmigo porque retome, me haga cargo, busque materiales valiosos en ese libro, que él se negó a reeditar. Supongo que hay frases, enteros pasajes de ese libro que hoy, de la mano de López Murphy o de la señora Carrió, le fastidiarán en grado extremo. Por ejemplo: “Las relaciones entre el Ejército y Eva Perón muestran al desnudo la mentalidad castrense: su prejuicio de clase, su espíritu de cuerpo, su patriarcalismo, su misoginia y el moralismo hipócrita típicamente pequeñoburgués. La supuesta inmoralidad de Eva Duarte era el modo inconsciente de ocultar el verdadero



contenido social que ella implicaba: su identificación con la clase obrera. *El hecho de que Perón haya logrado superar los prejuicios de su clase y de su profesión al casarse con Eva Duarte, está indicando su capacidad revolucionaria.* Un escritor poco simpatizante del peronismo, como Luis Franco, debió reconocer que la muerte de Eva Perón “fue una pérdida para el proletariado en su sorda puja con el Ejército...” (Juan José Sebreli, *Eva Perón, ¿aventurera o militante?*, Ediciones Siglo XX, Buenos Aires, 1966, p. 106/107. Bastardillas mías). Coincidimos en que –según ya he dicho– el casamiento con Eva es el acto más revolucionario de Perón. Y yo agregué: quizás el único. Hay más textos que hoy serán intolerables para Sebreli: “Todos estos episodios sentimentales y pintorescos no deben servir para ocultar lo principal: las efectivas conquistas sociales logradas por los trabajadores en el período peronista. ¿Qué quedaría de la ‘influencia magnética’, de la ‘sugestión’ de Perón y Eva Perón sin los aumentos efectivos de salarios, la rebaja de alquileres, las indemnizaciones, las jubilaciones, los aguinaldos, las vacaciones pagas, la asistencia social, el voto femenino, las huelgas apoyadas por el Estado contra la patronal?” (*Ibid.*, p. 97). Y también: “De la figura de Eva Perón y el peronismo en general pueden extraerse algunos argumentos como para colocarlos en la línea de la reacción, pero la oligarquía nunca se equivoca, los ha considerado irremisiblemente como sus peores enemigos y eso es suficiente para reconocer su verdadero significado histórico” (*Ibid.*, p. 119. Bastardillas mías). Dejaremos por el momento al compañero Sebreli y volveremos al tema de la bastardía de Evita, del que él se ha ocupado brillantemente en su libro, pues ha seguido también el *Saint Genet* de Sartre. En 1966, cuando publica este libro, Sebreli era el súper exitoso autor de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*. Era, como lo soy yo todavía, un hegeliano, marxista-sartreano. No un peronista, sino alguien que analizaba el fenómeno del peronismo desde ese universo categorial. El fenómeno de la izquierda peronista, que lo agarró grande y ya un poco viejo, le amargó bastante la vida. Ahí empezó a transformarse en el campeón del anti-populismo. Y embiste contra las categorías centrales del peronismo juvenil. El Tercer Mundo, por ejemplo. Publica, en pleno año 1976, cuando todos se rajaban, o buscaban seguridad, un libro lleno de bronca con la JP titulado: *Tercer Mundo, mito burgués*. ¿Tan limpio estaba como para publicar un libro en 1976? ¿No temía asomar la cabeza en un momento en que todos se guardaban? ¿Qué pasó ahí? Los militares habrán advertido que era un libro contra la ratio monotonera y habrán decidido darle carta blanca. Pero el libro hablaba de un “mito burgués”. O Sebreli era excepcionalmente valiente o su odio contra el populismo de la izquierda peronista lo llevaba a desafiar todo riesgo. Y también: ¿no era un poco hijoputesco sacar un libro contra la izquierda peronista en un momento en que la estaban sacrificando en los campos de concentración de la dictadura?

Volvemos a la bastardía de Evita. El bastardo no tiene nada atrás. Es la antítesis del hombre de bien, del señor burgués, del oligarca. Estos tienen “padres y abuelos”, como memorablemente ha dicho el ministro Eugenio Blanco. El bastardo no tiene nada. Ni padres tiene. Al no tener nada, él no es nada. Tiene que inventarse. Estamos, aquí, en pleno sartrismo, otro abominado por la academia. ¿Qué pasa con la academia? ¿Qué significan estos desprecios? Un joven de veinte años me acaba de enviar un mail, lo hizo, precisamente, hoy: “Cuando crecí, leí más aún de Foucault. Me decepcioné mucho cuando entré en la academia y descubrí, en medio de una crisis, que era un autor que no

solamente no se estudiaba, sino que además era mala palabra (como su apellido, creo que lo sabe, también es mala palabra en la FFyL y he tenido grandes discusiones por declarar que leía sus novelas o sus fascículos)”. No sé mucho de la llamada “academia”. Pero, ¿qué les pasa? Vean, si me quieren negar a mí, háganlo. No me van a entristecer demasiado. Olvídense de mí. Y de muchos otros. Pero, ¿de Foucault? Eso es realmente grave. ¿En qué se basa ese desdén? Ninguno de ustedes es digno de haberle lustrado los zapatos a Foucault. Calma, señores. Pierden alumnos así. O los forman para el diablo. ¿Qué están enseñando? ¿Wittgenstein? ¿El viejo andamiaje del positivismo lógico? ¿La línea Heidegger-Lacan-Derrida? En fin, hagan lo que les parezca. Alguna vez habrá que hacer un debate serio y *analizar en manos de quiénes está el conocimiento y su enseñanza en la academia. En el país.*

Otro negado por los aparatos del poder académico es el filósofo que hemos elegido para acercarnos más hondamente a la esencia del personaje que tratamos. Sartre. Es (según Eduardo Grüner en su Prólogo al *San Genet*) eso que Marx decía de Hegel: *un perro muerto*. “Ha superado hasta el infundio y la denostación, para ser arrojado por ‘los otros’ al peor de los infiernos: el de la indiferencia” (Sartre, *Ibid.*, p. 27). *Ninguna cátedra importante de una universidad argentina lo tiene hoy en su bibliografía.* “Lo cual, escribe Grüner, quizá sea una buena señal: la de que todavía molesta” (Sartre, *Ibid.*, p. 27). Sin duda, molesta. Sartre es el último y el más lúcido representante de una filosofía comprometida con la historia. De una filosofía que salga del ámbito sofocante de la academia y se juegue en otras situaciones, encrucijadas. Nunca le importó el segundo Heidegger, ni el tercero ni todos los que todavía puedan inventar. Jamás podrá ser instrumentado por la derecha, a la que le robó la palabra *libertad*, la central de su pensamiento. En fin, ya hemos tratado esta cuestión. Sartre cayó con el Muro de Berlín. Hoy, que se levantan muros por todas partes, acaso podamos abrir unas cuantas puertas para su necesario regreso. Pero seremos pocos. Es posible que nunca regrese Sartre. No a la academia, al menos. Se tiene mucho miedo de perder los cargos. El poder impone lo que hay que decir, lo que hay que pensar, lo que hay que escribir. Eso es lo que se enseña.

Corre el año 1952 y Sartre publica *Saint Genet, comédien et martyr*, en ediciones Gallimard. Es un *Prólogo* destinado a las *Obras completas* del poeta Jean Genet. Según se sabe, Sartre era un escritor que se desbordaba. John Huston le encargó un guión cinematográfico sobre Freud y él se le apareció sólo un par de días después con un texto de ochocientas páginas. El *San Genet*, en tanto *Prólogo*, es más extenso que las *Obras completas* Jean Genet. Es un estudio sobre la condición del bastardo. Un estudio sobre la búsqueda del Ser. El bastardo, al no provenir de un padre o una madre, como la sociedad burguesa ha establecido, no tiene Ser. *No Es*. El bastardo no tiene nada detrás. Pero habrá de luchar por *Darse el Ser*. “Ni durante un instante se imagina que está condenado a la pobreza y la bastardía” (Sartre, *Ibid.*, p. 47). El bastardo, para superar su bastardía, debe actuar. Actuando se elegirá a sí mismo. Decidirá lo que habrá de ser. Irá en busca de su Ser. Se hará Ser. Será lo que haga de sí. La condición del hombre es, para Sartre, la de un *agujero en la plenitud del ser*. Porque el hombre es una *nada*. El hombre *No Es*. Tiene que hacer *Se*. Ese hacer *Se* es su proyecto. El hombre, por medio de su proyecto, se arroja hacia sus posibles para darse el Ser. La búsqueda del bastardo es la búsqueda ontológica de la densidad del Ser. Lo

han hecho bastardo. Ha nacido bastardo. “¿Quién es tu papá, Evita?” “No tengo papá.” Juan Duarte, el padre de Eva y sus hermanos (que son tres mujeres y un varón: Elisa, Blanca, Juan y Hermida), el habitante ocasional de la casa y de la cama de Juana Ibarguren, la madre de todos, muere el 8 de enero de 1926 en Chivilcoy, entre los suyos, entre su familia legal. La *otra* familia era la que tenía en Los Toldos. No era algo inusual en la época. Viajante de comercio, Juan Duarte (cuyo nombre heredará el famoso Juancito, el Isidorito Cañones del peronismo, el cabeza hueca, “Jabón Lux” porque lo usaban nueve de cada diez estrellas de cine) tenía dos familias. Pero la legal, la honesta, la familia en cuyo seno él había elegido morir era la de Chivilcoy. Era la que había formado con Doña Estela Risolía. El día de su muerte, Juana Ibarguren carga a sus cinco hijos y se va al velatorio de Chivilcoy. Se produce una escena memorable. Las dos familias del difunto se enfrentan. Doña Juana quiere entrar. Quiere que sus hijos vean por última vez a su padre. Pero, al principio, le impiden la entrada. Este hecho habrá de marcar duramente a Evita.

Hombre de negro (a Doña Juana): Señora, no ensombrezca la memoria de don Juan Duarte, por favor. Ahí dentro está su verdadera esposa (*algo solemne*), Doña Estela Risolía. Ella es la única que tiene derecho a llorarla como viuda.

Doña Juana: Yo no seré su viuda. Pero fui su mujer. Y éstos son sus hijos. Los cinco hijos que tuvo conmigo, señor. Y tienen derecho a ver a su padre por última vez... y a besarlo en la frente.

(...)

Hombre de negro: Estos *no son* los hijos de don Juan Duarte. Los hijos de don Juan Duarte están allí, señora, en esa casa, llorando a su padre. Estos niños son hijos de la lujuria y el pecado. Son bastardos, señora. Y los bastardos no tienen padre. Váyase, por favor (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos*, ed. cit., p. 19).

Bien, si obviamos que para el guionista resulta evidente que el representante de la familia Risolía ha leído el *San Genet* de Sartre ya en 1926, la escena ha de haber ocurrido de modo semejante. En serio: la palabra *bastardo* es muy común y pertenece más al rico vocabulario de las provincias que al de los “centros urbanos”. Es muy probable que la pequeña Eva la haya oído aplicada a ella o a sus hermanos más de una vez. Seguimos con el bastardo. El no se ha hecho ese ser que no es. Ser bastardo es no ser. Pero él puede hacer algo con eso que han hecho de él. Si de él han hecho alguien que *No Es*, él habrá de conquistar su Ser. Habrá de ser alguien que *Es*. “No somos terrones de arcilla (escribe Sartre) y lo importante no es lo que hacen de nosotros, sino lo que nosotros mismos hacemos de lo que han hecho de nosotros” (*Ibid.*, p. 85). Esta frase, que es de 1952, reaparecerá en el célebre Prólogo de Sartre a *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon, que es de 1961. Era, qué duda cabe, axial en su pensamiento. Porque, en Sartre, la bastardía es lo que define la condición humana. El hombre es bastardo porque es una nada arrojada hacia sus proyectos. Veremos esto con más detalle. Aun Victoria Ocampo, por remitirnos a la otra mujer célebre de la Argentina, la elegida por la derecha y por la izquierda ilustrada y antiperonista, tiene que hacer algo con lo que han hecho de ella. Y Ocampo es la antítesis de la bastarda. La oligarquía tiene el Ser como posesión. Lo tiene naturalmente. No necesita luchar por él, ni ganárselo, ni comprarlo. “Los campos no se compran, se heredan”, es la frase que define al oligarca.

PRÓXIMO
DOMINGO

Eva Perón (III)

IV Domingo 2 de marzo de 2008